

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

aves que emigran

LUCHAS cosas van por el espacio. Desde luego, en primer lugar, las que ya estuvieron por ley repetida y natural en nuestro cielo y en el ánimo de los naturalistas y de los poetas. Este es el tiempo de las aves migratorias; son tantas, al decir de algunos, que el cielo es en esta época un anchuroso camino de aves trashumantes. Nadie ha podido todavía explicarse el factor que determina, en esa numerosa migración, el hecho especialísimo de la orientación de las aves, que en algunas especies es extraordinario. Las golondrinas, familiares a nuestra primavera, son las mismas todos los años y buscan o reparan o construyen de nuevo su nido en el mismo lugar —en el alero, en la teja, en el balcón— donde pasaron felizmente la época cálida en la temporada anterior. Pero no son sólo las golondrinas las que emigran, en el vasto mundo de los pájaros. Los japoneses llaman a la Vía Láctea la «ruta de los pájaros», justamente porque miles de éstos se desplazan desde el círculo polar hasta la tundra de Varanger, por el mismo camino y en la misma dirección que las estrellas de la Constelación. Hay aves migratorias de itinerario más modesto; es popular la imagen de los ánades de Copenhague cruzando, con una calma insolente, una de las calles de la ciudad, bajo la protección benévola y servicial de un guardia de la circulación. Mucho antes que los hombres, las aves habían inventado su verano. Unos expedicionarios ornitólogos nórdicos, un padre y sus dos hijos, los señores Lieng, con dos perros, emprendieron hace poco la llamada «ruta de los pájaros» y acaban de publicar un libro delicioso, que no logra descubrir el misterioso secreto de la orientación de las aves emigrantes, pero que está lleno de un anecdotario sorprendente. El pájaro es un ser cuyos movimientos migratorios no se explican y cuyo instinto no depende ni de la memoria ni de la vista; la mayoría de las especies emigran de noche; muchas veces, las aves más viejas parten anticipadamente, antes que sus crías, que no emigran hasta que están en disposición de volar cumplidamente. Ciertas especies encuentran su camino a distancias superiores a los mil kilómetros y su vuelo es un portento de regularidad y de excelente directriz. Sabemos que algunas observaciones, relativamente recientes, sobre las perturbaciones que provocan en la orientación de los pájaros las ondas emitidas por las emisoras, podrían alterar el fenómeno. En este caso, ¿qué amenaza tan triste sobre las amables golondrinas, familiares ya en nuestro cielo casero! Porque, además de los pájaros, cruzan la atmósfera hoy multitud de otros trasgos.

Leemos en un periódico que los latidos del corazón de un feto humano han sido transmitidos por radio desde el hospital del Monte Sinaí, en Milwaukee, hasta el laboratorio parisino del doctor Remond, Presidente de la Federación Internacional de Electrónica Médica. El método, según afirma su inventor, Saul Larks, profesor en la Universidad de Marquette, podría ser utilizado, en el porvenir, de preventivo de acontecimientos tales como la epidemia de nacimientos de niños anormales provocados por la thalomidia. Unas muestras de electrocardiogramas transmitidos por radio entre los grandes centros clínicos del mundo daría la información exacta sobre la realidad de la salud del niño que se prepara a nacer.

Así, pues, van por el éter no ya los seres vivos, sino el latido de los que van a vivir. Durante un tiempo se consideró que los experimentos espaciales llevados en secreto por la URSS podía haber provocado que estuvieran dando vueltas alrededor de la tierra cadáveres de astronautas, que vendrían a ser como fantasmas estremecedores de nuestro tiempo. Pero el latido del corazón de un niño que va a nacer equilibra, de una vez para todas, la siniestra imagen que se derivaba de aquella sospecha. Y creemos que no será precisamente ese latido el que desoriente de su ruta esencial a las aves migratorias, a los millares de seres vivos que vuelan hacia los parajes de Sur, alejando grávidamente.

¿un encuentro orbital?

Desde el punto de vista médico, la consulta a través del espacio se cierne ya sobre el mundo como un augurio de entendimiento y de paz, como otra más de las esperanzadoras características de nuestro tiempo. Sea como sea, el mundo en que vivimos ha entrado intrépidamente en la sensación de su proporción en el espacio, que aún llamamos espacio exterior porque la distancia que los astronautas han logrado alcanzar corresponde a una especie de aire territorial, a una corteza fluida de la tierra. Han asegurado que en esta década el hombre alcanzará la Luna o Marte. ¿El hombre sólo o también la mujer? La formidable oportunidad propagandística de los experimentos rusos en este sentido ha tenido esta pasada semana ocasión de manifestarse con el lanzamiento de una

también el hombre emigra

Quizá el instinto inexplicable de la migración de los pájaros corresponda, más que a la biología, a la metafísica; o tal vez sea, sencillamente, un acto de voluntad inconsciente lo que les indica el camino. «Yo no soy de donde he nacido —acostumbraba a decir el gran escultor Manolo Hugué—, sino de donde quiero morir.» Hay, sin que nos demos cuenta, una elección volitiva en nuestros movimientos sobre el planeta. La llamada de la geografía, la seducción de los parajes corresponde a veces a razones que no sabríamos determinar; acudimos allí donde nos lleva algo que no depende de nosotros, al menos en apariencia. Una actitud sonambúlica de nuestra voluntad nos conduce, a pesar nuestro muchas veces, a éxitos o a fracasos. Y no sólo emigran las aves. Vivimos en el tiempo de los grandes desplazamientos, en los cuales intervienen factores no siempre relacionados con la utilidad u oportunidad del viaje.

La secta de los «Viejos creyentes», abandonó Rusia hace más de trescientos años —en 1653—, al objetar cierta reforma de la Iglesia Ortodoxa ins-

mujer el espacio. La posibilidad de un encuentro orbital, en el espacio, de dos seres de sexo opuesto corresponde a los mejores párrafos de las series de «science-fiction» y es evidente que la astronauta, heroína de semejante novela, es un anticipo de lo que algún día puede ocurrir: que nazca un niño en mitad de las estrellas, en un nuevo y deshumanizado edén de acero, en la romántica eventualidad de que los seres ingravidos que irán en los espacios acierten a inventar en tales condiciones la terrenal y lúcida complementación del abrazo.

Entre tanto, fijémonos y exaltemos lo que tenemos más cercano a nuestra sensibilidad y a lo que se limita sencillamente a asegurarnos la primavera en nuestro vecindario. Ese nido de golondrinas debajo del balcón, atestigua la permanencia y la perennidad de la vida y de la poesía. La golondrina actúa todos los años de la misma manera y todos los años, ella y sus descendientes hacen lo mismo; tras recorrer por los cielos espacios muy largos, su función se limita ahora a cruzar la distancia que ha de procurar el condumio cotidiano para la cría.

El grito de la golondrina es a veces como un alarido, como un quejumbroso y efímero clarín desesperado. De su pequeña garganta no sale el melódico monólogo del ruiseñor, sino un breve y doliente quejido. La golondrina es un ave que admite —y que busca— la vecindad del hombre. Viene del Sur y volverá a él en cuanto anocheza temprano. A nosotros nos agrada su presencia debajo del balcón y su vaivén por el cerco que le ponen los edificios urbanos, en una suerte de voluntad doméstica, que huye de la fronda copiosa, del bosque y del mito. Y todos los años, cuando aparece en nuestra vecindad, en su tenacidad y en su rutina aprendemos un poco a amar la terrible monotonía y la tenacidad inmutable de la naturaleza.

tituida por el patriarca Nikon. Los elementos de esta secta decidieron entonces vivir una vida religiosa al margen de los popes y sacerdotes y establecieron comunidades rurales en Siberia y en Turquía. Se trata de una secta puritana y fervorosa, que a lo largo de tres siglos ha mantenido su unidad, sobre todo después de la creación de la U.R.S.S., con nuevos desplazamientos, unos en Manchuria y otros en la China. Y ahora, los descendientes de los primeros emigrantes, reanudan su emigración, esta vez al otro lado del Atlántico. El grupo más importante, compuesto por mil doscientas personas, se ha trasladado a Brasil; y una nueva oleada de emigrantes «Viejos creyentes» ha obtenido autorización del Gobierno americano para establecerse en territorio de los Estados Unidos.

El hombre, como los pájaros, cambia de lugar. Mas no siempre el hombre tiene el privilegio que tienen las aves. Lo decía Segismundo, en décimas memorables. El hombre se desplaza, pero sin la facultad sustancial que el ave tiene de elegir el alero minúsculo, pero primordial, donde colgar su nido.